

ÍNDICE

<i>Prefacio</i>	9	
CAPÍTULO 1: DEL PROTAGONISMO DE LO HÍBRIDO EN LOS ALBORES DEL SIGLO XXI AL ESTABLECIMIENTO DE LAS ZONAS GRISES		21
1.1. La hibridación, desde el punto de vista de la guerra	21	
1.2. La hibridación, desde la perspectiva de la paz	32	
1.3. Estructura del libro	44	
CAPÍTULO 2: LAS GUERRAS DE CUARTA GENERACIÓN (4GW) .		47
2.1. El debate acerca de las guerras de cuarta generación	47	
2.2. Las «generaciones» precedentes	50	
2.2.1. <i>Las guerras de primera generación (1GW)</i>	50	
2.2.2. <i>Las guerras de segunda generación (2GW)</i>	52	
2.2.3. <i>Las guerras de tercera generación (3GW)</i>	54	
2.2.4. <i>Características compartidas por las guerras de primera, segunda y tercera generación (1GW; 2GW y 3GW)</i>	57	
2.3. Las guerras de cuarta generación (4GW)	58	
2.4. Críticas a la teoría de la 4GW... y principales aportaciones	63	
2.4.1. <i>La pretendida futilidad de la teoría de la 4GW</i>	63	
2.4.2. <i>Lo que nos aporta la 4GW</i>	69	
2.5. A modo de reflexión final	74	
CAPÍTULO 3: LAS GUERRAS HÍBRIDAS		77
3.1. El contexto del surgimiento y la evolución de las guerras híbridas ..	77	
3.2. Concepto de guerra híbrida.	94	
3.2.1. <i>Los pioneros: el caso de Robert Walker.</i>	94	
3.2.2. <i>La maduración de la teoría: la guerra compuesta (CW) de Thomas Huber</i>	96	

3.2.3. <i>Un paso el frente: la guerra híbrida (HW)</i> <i>de Frank Hoffman</i>	100
3.3. Reflexiones finales: extensiones de las guerras híbridas	107
CAPÍTULO 4: LA ZONA GRIS	113
4.1. El sentido de la zona gris en la geopolítica contemporánea	113
4.2. Los problemas inherentes a la delimitación del concepto GZ	115
4.3. Definición de la GZ	119
4.3.1. <i>Arrojar la piedra y esconder la mano: la ambigüedad</i>	122
4.3.2. <i>El arte de la paciencia: el gradualismo estratégico</i>	124
4.3.3. <i>Sin guerra, pero con ambición: objetivos similares</i> <i>a los de una guerra</i>	127
4.3.4. <i>¿Negación de la guerra o primer paso hacia la misma?</i> <i>La flexibilidad de la zona gris</i>	131
4.3.5. <i>Al borde del precipicio: pero sin cruzar el umbral</i> <i>que posibilite la intervención de terceros</i>	133
4.3.6. Los actores de la zona gris: Estados y proxies	138
4.4. Herramientas de la zona gris	143
4.4.1. <i>Narrativa y propaganda</i>	143
4.4.2. <i>Los civiles como estilete: la movilización de la ciudadanía</i>	156
4.4.3. <i>la guerrilla económica</i>	160
4.4.4. <i>El papel de las fuerzas armadas</i>	165
4.5. Concepto de zona gris (GZ)	170
CAPÍTULO 5: ANÁLISIS DE CASOS Y TENDENCIAS DE FUTURO	175
5.1. Claves para el despliegue de las zonas grises	175
5.2. ¿Por qué razones la aparición de zonas grises puede ir a más en un futuro previsible?	176
5.2.1. <i>La expansión de las nuevas tecnologías de la c</i> <i>omunicación/información y su empleo político-militar</i>	177
5.2.2. <i>La expansión de la democracia en Occidente</i> <i>y el rechazo social a la guerra</i>	179
5.2.3. <i>La tendencia al multipolarismo en el sistema</i> <i>político mundial</i>	182

5.3. Las expectativas de la zona gris en el escenario global: el caso de China.	185
5.3.1. <i>Una realidad: la zona gris en el Mar de China.</i>	187
5.3.2. <i>Una posibilidad: la zona gris en Siberia</i>	193
5.4. La zona gris en Europa y su vis expansiva: el caso de Rusia.	197
5.4.1. <i>Lecciones para la zona gris derivadas del conflicto de Ucrania... y otros casos</i>	201
5.4.2. <i>La posible multiplicación de las zonas grises rusas</i>	211
 CAPÍTULO 6: LAS RESPUESTAS A LA ZONA GRIS	219
6.1. Consideraciones iniciales	219
6.2. Mecanismos aplicables contra las zonas grises	221
6.2.1. <i>Coordinación inter-agencias para abarcar todo el espectro de amenazas (espectro DIME).</i>	222
6.2.2. <i>Alerta temprana</i>	226
6.2.3. <i>Medidas proactivas: devolver la pelota</i>	229
6.2.4. <i>Otras medidas concretas, en función de la amenaza</i>	232
6.2.5. <i>Nuevas propuestas en la formación de las fuerzas de operaciones especiales (SOFs).</i>	236
 EPÍLOGO	243
 BIBLIOGRAFÍA	249

CAPÍTULO 4 LA ZONA GRIS

4.1. El sentido de la zona gris en la geopolítica contemporánea

La zona gris se puede entender como una respuesta a la gran capacidad militar de las potencias que defienden el *status quo*. Concretamente, es la respuesta de quienes tratan de soslayar la vigilancia efectuada por el guardián de ese *status quo*. Ese es, al menos, el caso estándar. En nuestros días, podemos pensar en el papel de los Estados Unidos, o en el de la OTAN, en esa tarea de protectores del orden establecido. Es algo en lo que coinciden sus avaladores y sus críticos.

De esta manera, los Estados que más trabajan los escenarios de zona gris, como iremos viendo, son los que se encuentran incómodos con ese *status quo*. Lo suficientemente incómodos como para plantear desafíos al mismo. Pero, por ese mismo motivo, temen la eventualidad de una reacción de Washington que se plantee *manu militari* (Kapusta, 2015: 9). De manera que buscan alternativas para soslayar la superioridad militar estadounidense (Lohaus, 2016: 2). Por consiguiente, el principal objetivo de la zona gris es alcanzar objetivos de la máxima relevancia geopolítica, pero sin que las herramientas empleadas para ello sean tan contundentes como para provocar esa reacción.

Siendo eso cierto, conviene enmarcar esta reflexión en un contexto más amplio. Porque la propia evolución de los arsenales militares complica la posibilidad de que se dé una guerra entre grandes potencias (ya sean conservadoras o revisionistas). El riesgo de escalada, tanto convencional como nuclear, es difícilmente asumible por las sociedades de nuestros días. Asimismo, en la era de la globalización, el impacto económico que tendría una guerra de ese tipo a escala planetaria sería necesariamente devastador. Es decir, la GZ es verosímil debido, también, a la reticencia de los Estados a iniciar nuevas guerras. Especialmente si hablamos de guerras convencionales y máxime si amenazan con escaladas nucleares.

En realidad, hemos comprobado que las guerras híbridas ya son un modo de evitar ese problema. Por una parte, constituyen una forma de anular, o al menos de minimizar, las ventajas tecnológicas del enemigo. Esas que están asociadas a la última RMA. Así que, cuando se desata una HW, la superioridad militar convencional pierde buena parte de su eficacia. De modo que la HW constituye una forma de vencer en guerras contra un rival más fuerte, militarmente hablando. Por otra parte, al tratarse de guerras de menor intensidad, la escalada nuclear es menos plausible. O incluso difícil de imaginar. De modo que es posible que un Estado revisionista genere un escenario de HW para cubrir sus objetivos (ya sea directamente o a través de *proxies*⁶⁵). Cuando lo hace, obra así porque espera derrotar al enemigo por desgaste y porque presume que la respuesta nunca será tan contundente como la que hubiera tenido lugar en el caso de iniciar una guerra convencional.

Sin embargo, el problema de las guerras híbridas es que son guerras. No se trata de un juego de palabras inocente. Porque, aunque la intensidad de una HW sea inferior a la que es propia de las guerras convencionales, y aunque por ese motivo sean menores los incentivos que otras grandes potencias tienen para intervenir en el conflicto (cuando no les afecta directamente) esos incentivos no desaparecen por completo. A lo que debe añadirse que, precisamente porque se han roto las hostilidades, si una potencia rival opta por emplear la fuerza en apoyo de la parte agredida, podría tener el aval del derecho internacional público vigente. Algo a tener en cuenta cuando se alude a esa batalla que cada día se libra en la opinión pública mundial, metafórica, pero no por ello menos relevante, que es la búsqueda de legitimidad.

Pues bien, la GZ cobra sentido cuando las potencias revisionistas consideran que el recurso a la HW todavía es demasiado arriesgado. Máxime cuando los revisionistas se empecinan en alcanzar ciertos objetivos geopolíticos que chocan con los intereses de los defensores del *status quo*, o los de sus aliados. De este modo, y sin perjuicio de que pronto pasemos a concretar el contenido del concepto de GZ, así como cuáles son sus herramientas fundamentales,

⁶⁵ Pensemos en la guerra de Vietnam, en la que Rusia y China emplearon como *proxy* tanto a las guerrillas del Vietcong, como al gobierno de Vietnam del Norte. Pero también en el conflicto del Este de Ucrania, en el que se ha podido constatar la entrada en suelo ucraniano de unidades regulares del ejército ruso para favorecer el esfuerzo principal de las fuerzas irregulares del Donbas. En el primer caso, ni se planteó que los EE UU atacaran a la URSS, mientras que en el segundo, los EE UU tampoco han dado ningún paso contra Rusia.

podemos anticipar que la GZ es un escenario, construido a modo de política pública, con el que una potencia revisionista pretende obtener réditos geopolíticos de una importancia tal, que en condiciones normales exigirían la apertura de hostilidades en clave militar, pero sin llevar a cabo ninguna agresión susceptible de legitimar una respuesta armada por parte de los defensores del *status quo ante*. Ni siquiera a través de una HW. Ese es, en definitiva, el espíritu de la GZ.

4.2. Los problemas inherentes a la delimitación del concepto GZ

A tenor de lo dicho hasta ahora, se deduce que la GZ no es un tipo de guerra, sino que se trata de un tipo de paz. Aunque se trate de una paz polemológica, es decir, una paz en la que se rompe de modo intencionado el principio de *bona fides* que debería regir en las relaciones entre Estados. Se puede decir con más contundencia planteándolo al revés: se trata de una paz presidida por la *mala fe*.

Esta primera aproximación debería ser suficiente para que sea entendida por quienes, desde ópticas institucionalistas (de raíces lockeanas y/o kantianas) huyen de los postulados más extremos del realismo. Mientras que quienes, desde una óptica más hobbesiana, digan que eso siempre ha sido así —es decir, que es difícil pensar en términos de *bona fides*—, asumirán que la GZ implica la activación de esa *mala fe* que, según sus axiomas, siempre estaría presente, pero en estado latente, en las relaciones entre Estados. La palabra clave, para los partidarios del pesimismo antropológico, sería, en definitiva, la «activación». Dicho de otra manera, la puesta en marcha de una serie de mecanismos, debidamente coordinados, a través de los cuáles se pergeñan los propios intereses, a costa de la soberanía y los intereses de los demás. Pero, insisto, sin entrar en guerra (ni siquiera en su formato híbrido).

Eso es problemático, por cuanto nos obliga a reconsiderar el concepto mismo de paz; por cuanto nos vuelve escépticos en relación con su sinceridad o con su profundidad; y por cuanto nos traslada la carga de la prueba para demostrar que se están llevando a cabo conductas que responden a un plan trazado para desestabilizar a otros Estados, poniendo en riesgo su sistema político.

De hecho, como veremos, una de las posibilidades de empleo de la GZ es precisamente ésta: acabar con un régimen político. Aunque también podría incluirse la tentativa de provocar la caída de un gobierno, cuando se deduce que esa caída también puede traer consigo efectos geopolíticos de la máxima importancia. Pensemos, por ejemplo, que eso lleve asociado, para el Estado sometido a una GZ, la salida (o el ingreso) de (o en) una organización internacional. Quizá de alguna que es fundamental para mantener el equilibrio de poder en esa coyuntura.

En todo caso, dado que se opera sin *casus belli*, es comprensible que uno de los principales problemas de la GZ sea su diagnóstico, cada vez que en la práctica se sospecha que se puede dar tal cosa. La cuestión es, pues, saber a partir de qué momento se ha activado esa suerte de «ofensiva no cinética».

Esos problemas de diagnóstico se ven agravados por el hecho de que muchas víctimas de la GZ son Estados democráticos de derecho. Lo que significa que deben extremar la prudencia antes de lanzarse a una hipotética respuesta, sobre todo si es armada. Cada Constitución contiene la relación de autoridades, instituciones y procedimientos necesarios para ello. En ocasiones, con cláusulas de doble llave (con la necesidad de que se pongan de acuerdo el poder ejecutivo y el poder legislativo)⁶⁶. De manera que esa suerte de *Fase 0* de la respuesta contra una GZ suele ser lenta y problemática. Si la agresión sufrida por un Estado, o por sus aliados, fuese palmaria (es decir, si no estuviéramos ante una GZ, sino ante una agresión armada) ese problema se minimizaría. Tanto, que podría darse el caso de que la respuesta armada fuera requerida por el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, de oficio, por mor del artículo 51 de su Carta. Pero, como puede apreciarse a tenor de lo expuesto hasta este momento, las características de la GZ también están pensadas para reducir el riesgo de una respuesta rápida, explotando en su propio beneficio las exigencias formales y temporales de la burocracia propia de los Estados defensores del *status quo*.

Esto conlleva un ulterior problema práctico, que deben enfrentar quienes desean oponerse a la creación de zonas grises. Porque la combinación de las dificultades inherentes a la obtención de un diagnóstico certero y la activa-

⁶⁶ Directa o indirectamente. Porque puede darse el caso de que, aunque eso no se exija en un primer momento, el hecho de no asegurar el consenso del Parlamento implique la censura y destitución de dicho gobierno en un segundo momento.

ción de los procedimientos requeridos para ello puede dar pie a dos posibilidades, ninguna de las cuales favorece las expectativas de los Estados que las padecen. Por un lado, puede que la respuesta, simplemente, no llegue; por otro lado, puede que la respuesta llegue tan tarde que, en caso de producirse, solo conduzca a una escalada militar, debido a que ya no pueda frenarse la zona gris de ningún otro modo. Algo que, aparte de las inevitables consecuencias materiales para ambos contendientes, podría dar pie a uno de los efectos perversos, tan típicos de la GZ, esto es, que quien la ha generado, siendo por definición el victimario, acabe convertido en víctima ante la opinión pública internacional (así como, probablemente, ante el derecho internacional). Por eso es tan importante llevar la iniciativa, anticipar, y poder aplicar las contramedidas pertinentes (pacíficas) lo antes posible.

Por lo demás, se ha discutido mucho acerca de la necesidad de salvaguardar a la población civil en las guerras. Toda la tradición del *ius in bello* emana de ahí. Y lo mismo cabe decir del más reciente derecho internacional humanitario (DIH). Por más que sigan constatándose violaciones de esos derechos de los no combatientes en el plano empírico, la verdad es que los consensos teóricos alcanzados a estas alturas son amplios. Lo que no es poco, si regresamos al terreno de las legitimidades (o a su reverso, al de las críticas). En cambio, en la GZ la implicación de los civiles es, no solamente admitida, sino hasta requerida por el propio modelo. Cuestión diferente es que eso sea más o menos explícito, en función de las circunstancias. Pero, como veremos, se requiere su implicación, y hasta su movilización. No en un campo de batalla, sino en las calles y plazas. O en las islas en disputa. Es por esto que los civiles pasan a ser los principales actores de la GZ y, con ello, del conflicto que la motiva.

Todavía no se ha llevado a cabo la reflexión adyacente acerca de la pertinencia o la inconveniencia ética de una apuesta de ese tipo. Quizá porque el debate acerca de la GZ todavía es incipiente. Pero lo relevante es que, a diferencia de lo que sucede con el *ius in bello* y con el DIH, esta vez estamos ante un problema conceptual. No solamente empírico. De modo que una claudicación en este ámbito (aceptando esa implicación de civiles, arrastrados hacia esa dinámica conflictual, por el mero hecho de que la GZ no sea una guerra) haría imposible, llegado el caso, que luego se elaboraran críticas a partir de la vulneración de una regla moral y/o jurídica. Porque no se puede vulnerar lo que ni siquiera existe.

Podrá aducirse, en contra de esta insinuación que, como quiera que la GZ es un tipo de paz, estamos ante conductas inocuas y, por ende, no problemáticas desde este punto de vista. Podrá decirse, por ende, que esto hace inaplicable el *ius in bello* y el DIH. Todo eso es cierto. Pero no podemos olvidar que estamos hablando de una paz tensa, instrumentalizada (poco kantiana, si se quiere), incluso sucia, en los términos que iremos viendo a lo largo de este libro. Además, no olvidando eso, tampoco podemos omitir que esas tesituras favorecen la crispación social, el enfrentamiento en la calle e, incluso, la aparición de ataques (ciber, o no) aunque generalmente no sean perpetrados por militares. A mayores, tampoco podemos obviar que las zonas grises conocen escalas de grises. Y en sus últimas fases, la violencia física puede hacer acto de presencia, a través de sabotajes e incluso de atentados terroristas, aunque no se pueda hablar todavía de una HW (debido a la falta de implicación del componente convencional). Creo que nada de eso es banal.

En verdad, la generación de una GZ, asociada a sus elevadas pretensiones, rompe las reglas del juego democrático, tal y como las entendemos en las sociedades más avanzadas (es decir, liberal-democráticas). Porque esa presión callejera pretende sustituir los procedimientos ordinarios del Estado de derecho. A consecuencia de ello, augura un incremento del conflicto civil. Aunque, en ocasiones, la cosa es todavía más grave: la GZ no incrementa nada, sino que crea, directamente, las condiciones para que estalle ese conflicto, eminentemente civil. En ese sentido, recuperando el hilo del argumento, cabe seguir preguntando si es legítimo que los intereses geopolíticos de algún Estado puedan conllevar esos efectos, actuales y potenciales, sobre el conjunto de la ciudadanía convertida, *ipso facto*, en rehén de una historia cuyo guión no ha trazado. Todo ello sin mencionar (aunque más adelante lo haremos) que la «inocente» (las comillas son importantes) GZ sea la antesala (intencionadamente, o porque no se logre controlar la escalada) de una guerra, ya se trate de una HW o de una guerra convencional. Eso puede acontecer, ora porque la GZ no logra cubrir sus objetivos; otrora porque su auténtica función era preparar el terreno para el ulterior tránsito a una HW. Algo que no podemos descartar, siquiera sea como hipótesis de trabajo.

La suma de estas cosas hace que la delimitación del concepto de zona gris sea especialmente delicada y problemática. E incluso que sea antipática. Máxime cuando quienes tratan de asumir el reto de pensar, asesorar y planificar, son militares o están imbuidos en los estudios militares. Las razones

son muchas: la GZ es poco transparente, nada proclive a enseñar sus cartas y muy volcada hacia la creación de la máxima confusión posible. Con todo, en las siguientes páginas propondremos un concepto que sea lo más claro y operativo posible.

4.3. Definición de la GZ

Durante demasiado tiempo hemos asumido, como si de un axioma se tratara, la máxima ciceroniana: *inter pacem et bellum nihil est medium*. Pero Carl Schmitt, cuya interesante aportación al respecto ya ha sido recogida en el primer capítulo de este libro, se refiere a ello criticando la miopía de Cicerón (Schmitt, 2009: 135). Por lo pronto, la GZ responde a la asunción de que entre las situaciones de paz y de guerra se puede conceptualizar un nuevo espacio, así como a la conveniencia de hacerlo. Como antes se ha comentado, en puridad de conceptos ese espacio conceptual intermedio sería, técnicamente, el continente de un tipo de paz. Pero de un tipo de paz cualitativamente distinto a la que está basada en la *bona fides*. De ahí que merezca un tratamiento diferenciado.

A lo largo de los últimos años ha existido un fuerte debate respecto al particular. Sobre todo, en los Estados Unidos. Lo que se ha echado de menos, y ha sido reclamado con cierta urgencia, es un concepto que sea capaz de integrar y explicar lo que sucede en esa etapa intermedia entre la paz basada en las relaciones cordiales entre Estados y el estallido de un conflicto armado.

Dicho con otras palabras, esos analistas han denunciado que el planteamiento más usual es excesivamente dicotómico: o hay paz, o hay guerra. Pues bien, en su opinión —que compartimos— merece la pena hacer un hueco a una categoría conceptual intermedia (Schadlow, 2014; Brands, 2016). La razón de ello es tan simple como que la realidad nos empuja en esa dirección, de manera que, si nos limitamos a manejar las dos categorías tradicionales, perdemos capacidad de análisis e interpretación de los conflictos (armados, o no; actuales o potenciales; vivos o latentes).

Pero la zona gris no debe ser vista solo, ni principalmente, como una mera transición de un estadio al otro. Aunque en algunos casos pueda convertirse en eso, su papel es, al menos potencialmente, mucho más importante. Porque la GZ tiene vida propia: sus propios objetivos, sus propias herramientas y sus

propios efectos. Es decir, un conflicto (no hablo de guerra) podría nacer a consecuencia del establecimiento de una GZ, evolucionar de acuerdo con los parámetros de esa GZ y finalizar en función de los niveles de éxito de los promotores de la GZ (o de los niveles de inconciencia, o de incapacidad, de quienes defienden el *status quo*). Así que, en la práctica, la GZ puede convertirse en un «camino hacia» otra cosa (hacia una guerra). Pero, sin negar esa eventualidad, lo importante en este momento es tener en cuenta que su razón de ser es otra. La zona gris tiene sentido en sí misma.

Ese espacio intermedio podría ser ocupado, asimismo, por las HW. Eso es plausible si consideramos a las HW (tal y como estamos haciendo en este libro) como un fenómeno diferente de las guerras convencionales. La hibridación de las guerras, efectivamente, también puede jugar el rol de *tertium genus* (esta vez entre la paz y la guerra convencional). Incluso es factible que ese espacio intermedio aglutine esos dos escenarios (GZ e HW). En esa línea, puede decirse que se abre un espacio conceptual que algunos vienen definiendo como *hybrid threats*. Podemos anticipar que, en buena medida, esa es la apuesta inherente al discurso de Valery Gerasimov, del que hablaremos más adelante.

Vaya por delante que creo que se trata de una opción legítima. Todo depende de para qué se use. Porque a efectos pedagógicos da juego: recuerda que hay varios modos de alcanzar objetivos geopolíticos sin acudir al expediente de una guerra convencional. Y también recuerda que en cualquiera de esos modelos se truncan las relaciones de cordialidad entre los Estados implicados. Eso es adecuado y, de hecho, lo he destacado unas páginas más atrás, así como en publicaciones anteriores (Baqués, 2017: 13-14). Y lo he hecho, no de modo forzado, sino como parte de mi propio argumento.

Ahora bien, aquí no tomamos como referente principal de este estudio esa amplia zona intermedia. No lo hacemos porque tiene el inconveniente de que ubica ambos escenarios (GZ e HW) en el mismo saco (por definición), con el efecto perverso de difuminar sus diferencias. Es una trampa en la que caen quienes, al enfatizar la noción de *hybrid threat* (algo que en sí resulta muy comprensible) difuminan la GZ, que quedaría eclipsada por la HW (algo que no es de recibo). El problema estriba en que quienes hacen suyo este discurso, terminan por ignorar el potencial explicativo de la GZ o, como le ocurre a Gerasimov, simplemente omiten toda referencia a la misma. En otras ocasiones, los propios académicos desmerecen la noción de zona gris, considerando

que es el otro nombre de acciones que antaño podían ser definidas como *gunboat diplomacy* (en el caso chino del mar de China). Pero solo para llegar a la misma conclusión: eso sería parte de una *hybrid strategy*, omnicompreensiva (Palatano, 2019: 7)⁶⁷. En todos esos casos, dando los rodeos que sean, la GZ acaba siendo fagocitada por la HW.

El problema que se plantea a quienes optan por explicaciones de trazo grueso (o de brocha gorda, permítaseme el coloquialismo) es que las diferencias entre GZ e HW son demasiado grandes para ser obviadas. Así lo admiten algunos de los principales expertos en las HW (Hoffman, 2014) así como un buen elenco de especialistas en la GZ (Koven, 2016: 2; Echevarría, 2016⁶⁸: 25; Freier, 2016: 2015: 33; Mazarr, 2-3 y Votel et al., 2016: 102). En esencia, pues, el inconveniente de asumir como axioma y sin matices un espacio que integra GZ e HW, radica en que estamos confundiendo unas situaciones en las que no hay una guerra, con otras situaciones en las que sí la hay. Nada menos.

Por lo tanto, entendemos que, a efectos analíticos, es más productivo distinguir ambas figuras. Afortunadamente, esta línea argumental tiene su hueco entre otros expertos que, con tino, distinguen las «amenazas híbridas en la zona gris», de las «amenazas híbridas en las guerras ya iniciadas» (*overt warfare*), destacando, asimismo, que la zona gris merece atención por sí misma, ya que constituye un nuevo «entorno operativo» (*operational environment*) al que habrá que dedicar una creciente atención (Monaghan et al., 2019: 13-14). Todo ello, sin perjuicio de que, cuando llegue el momento, añadamos algunas reflexiones acerca de la posible transición de la GZ a la HW. Pero eso es muy distinto a ponerlo todo en el cajón de la HW. Si así se hiciera, ya no habría transiciones de las que hablar.

Hemos delimitado el espacio adecuado para situar a la GZ. También hemos hecho referencia a sus parientes y vecinos conceptuales. Por consiguien-

⁶⁷ Palatano también emplea la expresión «coerción marítima» para referirse a ciertas prácticas que aquí podrían encajar en la GZ, con el mismo resultado final. Hay que tener en cuenta que su aproximación está bastante condicionada por el hecho de que asume que estos movimientos están orquestados para proyectar «poder militar», de modo que acabarán siendo la antesala de una guerra en toda regla. De todos modos, eso no invalidaría la necesidad de analizar la GZ, en cuanto tal, por motivos que comentaremos más adelante.

⁶⁸ Eso no significa que todos estos autores defiendan un concepto como el sostenido en este libro. Echevarría, por ejemplo, tiende a ver la GZ como una preparación para la guerra, con preferencia a otras perspectivas. La lógica defendida en este libro invierte el cálculo de probabilidad. Pero coincidimos en la necesidad de delimitar la GZ, como algo conceptualmente diferente de la HW.

te, ya estamos en condiciones de perfilar el concepto. Para ello, enfatizaré varios aspectos, en principio por separado, para posteriormente avanzar hacia una definición integrada del mismo.

4.3.1. Arrojar la piedra y esconder la mano: la ambigüedad

La zona gris nace, sobrevive y avanza hacia sus objetivos gracias al fomento de la ambigüedad de sus acciones (Chambers, 2016: 27). Para referirse a ello, han sido empleadas otras expresiones que, a la postre, identifican el mismo fenómeno, como la presencia de un *small footprint*; o como el empleo de acciones de «baja visibilidad» (Votel, 2016: 102). Tampoco son ajenas a la literatura al uso las alusiones a que el hábitat de la zona gris es un «terreno resbaladizo» (Brands, 2016: 1), en el que proliferan la «desinformación» y el «engaño» (Mazarr, 2015: 109-110), a través de operaciones «encubiertas» o «clandestinas» (Baqués, 2017: 20). Al final, la zona gris convierte en mérito la articulación de una ceremonia de la confusión que evite que la víctima propiciatoria pueda conocer lo que está sucediendo; que evite, si finalmente esa víctima se concienza del problema planteado, que pueda comprender la gravedad de la situación; y que evite, si finalmente la víctima asume esa gravedad, que sea capaz de identificar y taponar las grietas por donde se cuelan las acciones de su sagaz enemigo.

Hay que tener en cuenta que, para que una zona gris haga daño, no es necesario que la víctima sea incapaz de identificar todas esas cosas. Basta con que sea incapaz de hacerlo durante el tiempo suficiente como para que su hipotética respuesta llegue demasiado tarde y sea, por ende, demasiado abrupta (vid. *supra*), de manera que una opción razonable pase a ser... no responder. Lo cual serviría en bandeja la deseada victoria incruenta al promotor de dicha zona gris.

Utilizaré una metáfora para reflejar este hecho. Pensemos por un momento en el veneno que inoculan algunas serpientes. Sabemos que los primeros momentos son críticos (aunque, cuando traslademos la metáfora al ámbito geopolítico, computemos esos momentos como meses e incluso algún que otro año). Otra forma de ver lo mismo, siguiendo con la metáfora, es que el transcurso del tiempo es directamente proporcional a la difusión de esos tóxicos por la sangre y los tejidos de la víctima de modo que, si el tiempo trans-

currido desde la picadura es grande, esa dinámica puede afectar a órganos vitales. Es decir, de nada servirá llegar a un hospital demasiado tarde. Aunque sea un magnífico hospital. Ahora bien, a diferencia de lo que es habitual en esas picaduras —que suelen doler y dejar evidencias físicas— la GZ es bastante más sutil. Es lo que he tratado de poner de relieve en este apartado: la ambigüedad puede lograr que no sintamos la picadura, pero no por ello deja de avanzar el veneno. Ahora bien, el problema es el mismo: si no se aplican los antidotos necesarios con celeridad, la víctima puede colapsar y morir; o bien puede salvarse, pero no del modo más satisfactorio... probablemente sus tejidos habrán quedado afectados y quizá hasta habrá que amputarle algún miembro. La cuestión es que en muchas ocasiones la reacción llega demasiado tarde, debido a las propias características de la GZ.

Por lo demás, forma parte de esa ambigüedad la dificultad para identificar la naturaleza exacta de los actores implicados. Lo usual no es que las acciones vinculadas a la GZ sean ejecutadas directamente por las instituciones del Estado que la genera, sino por agencias privadas, corporaciones empresariales, redes sociales, las ONG, webs no estatales, civiles que aparentemente desarrollan su trabajo sin recibir directrices de terceros, etc. Todos ellos pueden ser considerados como *proxies* de los Estados que se aprovechan de su función. O que la estimulan. En casos extremos, sabemos que las acciones de una zona gris pueden ser desempeñadas por grupos armados que trabajan para un Estado, aunque operen —en lo fundamental— fuera de sus fronteras (*Hezbollah*, desde el Líbano, en beneficio de Irán). Desarrollaremos este aspecto más adelante, en el apartado 4.3.6 específicamente, destinado a exponer el *modus operandi* de dichos *proxies*.

Otras veces, sin embargo, los protagonistas pueden ser funcionarios del Estado. Pero, de ser así, lo usual es que se trate de civiles o, si dichos funcionarios tienen estatuto militar, lo usual es que no dependan del Ministerio de defensa de turno⁶⁹. Existen otros ejemplos de ambigüedad. Es conocido (y especialmente polémico) el caso de los ejércitos de *bots* que se sabe que tienen su origen en Rusia, pero cuya puesta en marcha no se puede atribuir, a día de hoy, al Kremlin.

⁶⁹ Como iremos viendo con más detalle en otros capítulos, China está sacando mucho provecho de esta ambigüedad, cuando trabaja sus zonas grises en el mar homónimo, ya que emplea desde pesqueros a buques del servicio de guardacostas, pasando por buques de investigación científica (Kennedy & Erickson, 2017: 10).

En alguna ocasión, en cambio, sí se puede trazar la conexión entre el medio empleado y el Estado que lo patrocina, ya que puede tratarse de un medio público. Si bien, ni siquiera en ese caso suele tratarse de órganos integrados en la estructura política de dicho Estado, a no ser que sea de un modo indirecto. Sin abandonar el caso de Rusia, eso sería lo que está sucediendo con el papel que juegan RT o Sputnik en muchas sociedades occidentales, incluyendo la nuestra⁷⁰. Se trata de medios que divulgan los mensajes que interesan a Moscú, con diversas intencionalidades geopolíticas, más o menos desestabilizadoras, y que lo hacen en las lenguas de los Estados en los que operan, para facilitar de ese modo una difusión más rápida de esos tópicos.

Asimismo, el ciberespacio es un medio excelente para dificultar la atribución de la autoría (Fitton, 2016: 114-115), con lo cual se evita el riesgo de una escalada (Jordán, 2018b: 728). De hecho, Rusia emplea en su beneficio grupos de hackers como *Fancy Bear* (también conocido como APT-28) con aparentes vínculos con los Servicios de Inteligencia Rusos (GRU) (Fireeye, 2017). Pero, cuando de difundir bulos se trata, también hace uso de medios alternativos, que dificultan todavía más, si cabe, la atribución de esa propaganda. Un buen ejemplo de esos medios es el portal web *Aeronet.cz* que, estando alojado en Holanda, publica noticias normalmente no firmadas, pero sistemáticamente sesgadas en beneficio del discurso oficial del Kremlin (Kundra, 2015), haciéndolo en lengua checa, aunque es regentado por un cliente indio, que a su vez proporciona esos servicios a los rusos (Weisburg, 2015).

4.3.2. El arte de la paciencia: el gradualismo estratégico

Sabemos que los actores que emplean las zonas grises lo hacen porque son revisionistas. Pero también porque son moderadamente revisionistas. Es decir, cuando una potencia se encuentra ante una situación desesperada, o cuanto menos urgente, en lo que concierne a la garantía de su propia seguridad (o

⁷⁰ Es conocido el hecho de que, desde finales de septiembre a principios de octubre de 2017, en el contexto del referéndum ilegal e inconstitucional planteado por el independentismo catalán, vulnerando las reglas del Estado de derecho, las agencias rusas *RT* y *Sputnik* desarrollaron una actividad frenética, demagógica, e ideológicamente orientada, aunque también lo hizo Assange, actuando como proxy... relativo... pues desde 2012 colabora con RT. No es raro, pues, que estas agencias estén en el punto de mira de los analistas (Yablokov, 2015; Miazhevich, 2018), como vectores de injerencias del Kremlin en asuntos internos de otros Estados.

incluso de su supervivencia) la zona gris le servirá de poco. Un ejemplo sería el ataque de Japón a Pearl Harbor. Porque, tras el embargo de crudo decretado por Washington el verano anterior, el Imperio del Sol Naciente corría el riesgo de ver colapsada su economía en cuestión de pocos meses. De modo que optó por hacerse con el crudo indonesio por la fuerza de las armas, asumiendo más riesgos.

Ese no es, en definitiva, el escenario que favorece la generación de zonas grises. Las potencias que las fomentan pueden estar incómodas, pero todavía son capaces de maniobrar en el tablero político mundial sin que se vea comprometida (no al menos, de forma inmediata) su seguridad ni, con más razón si cabe, su supervivencia. Esos Estados buscan nuevas ventajas en la competencia por el poder. Ciertamente. Pero, ante la falta de urgencia, las zonas grises se pueden fraguar a fuego lento. Aquellos Estados que apuestan por el establecimiento de zonas grises, en vez de optar por no hacer nada, o por ir a la guerra, saben que se trata de un camino que requiere su tiempo (Mazarr, 2015: 58-60)⁷¹.

Es posible que, en algún caso, una parte del trabajo ya esté hecho. Por ejemplo, cuando la GZ se establece en un territorio ajeno, en el cual una porción de la población comparte rasgos etnográficos o sociológicos con el promotor de la GZ (lengua, orígenes & parentesco; religión e ideología, fundamentalmente). Pero, incluso en estos casos, el establecimiento de una GZ exige un esfuerzo suplementario que requiere paciencia para rendir los frutos apetecidos. Las inercias no son suficientes: tienen que ser estimuladas. Ahora bien, cuando esas afinidades previas no aparecen, la tarea es más ingente y aún más dilatada en el tiempo.

Cuando analicemos algunos casos, tendremos ocasión de comprobar que hay otro modo de gestionar esas circunstancias: los objetivos de la GZ pueden (suelen, de hecho) variar, en función del tipo de víctima sobre la que se opere. Pueden (suelen) ser más ambiciosos si la población sobre la que se incide es afín (pensemos en la posibilidad de anexionar una parte de ese territorio); y suelen ser más modestos, cuando no es así. Si bien, la palabra modestia no debe ser malinterpretada: seguirán siendo geopolíticamente relevantes (pen-

⁷¹ Por ese motivo, Mazarr entiende que los Estados más proclives al establecimiento de zonas grises son «moderadamente revisionistas» o, lo que es lo mismo, que están parcialmente satisfechos con el *status quo* (Mazarr, 2015: 18). Si su situación fuese crítica, o desesperada, optarían por salidas más drásticas.

semos en la posibilidad de provocar un cambio de régimen, o un cambio de gobierno con impacto geopolítico, influyendo en campaña electoral). En el siguiente apartado daremos cuenta de este matiz.

Cuando se piensa en la eficacia de la GZ, normalmente hay que hacerlo en términos de varios años, o incluso de varios lustros. Lo cual nos lleva a una reflexión adicional, que remite a la naturaleza de los Estados que emplean este instrumento. No es fácil, digamos, que lo pueda rentabilizar un Estado democrático, habida cuenta de los vaivenes electorales propios de su sistema político.

Por el contrario, se trata de una estrategia asumible con normalidad en un Estado autoritario. Precisamente porque este tipo de Estados se suelen permitir una planificación de sus políticas a más largo plazo. Evidentemente, esta regla contiene su propia excepción: Estados democráticos que se asemejan a lo que Giovanni Sartori definió como sistemas de partido hegemónico. O incluso a su paso previo, los sistemas de partido dominante (Sartori, 2012), cuando además exista cierto consenso con esa parte de la oposición que podría contribuir a sostener dichos gobiernos. En el fondo, ése sería el caso de Rusia, en la actualidad⁷². No es muy diferente el caso de Irán; mientras que el de China encaja perfectamente en este paradigma: un sistema autoritario convencido de que puede prolongar su existencia durante varias décadas más.

Lo que se intentará hacer a través de la GZ, a lo largo de ese período, es desestabilizar y desgastar al Estado objeto de su aplicación. Pero de modos diferentes y al final, si el plan está bien trazado, convergentes: erosionando la confianza de la ciudadanía en sus propios líderes; generando una imagen demagógica de sus instituciones; dañando su legitimidad a ojos de propios y extraños; deteriorando su cohesión social; generando crispación e introduciendo en su agenda nuevos temas, críticas o retos que favorezcan a quien establece la GZ. No son el tipo de cosas que se logran mediante una campaña puntual. No, al menos, si se pretende que calen en la cultura política local.

⁷² Sin perjuicio de que algún solvente análisis cualitativo tienda a expulsarla, sin ambages, de los sistemas que pueden ser llamados democráticos. V. gr. FREEDOM HOUSE, que, en 2017, ya consideraba a Rusia como un «régimen autoritario consolidado», con una calificación de 6.57 sobre 7 (siendo 7 el máximo de autoritarismo), en https://freedomhouse.org/sites/default/files/FH_FIW_2017_Report_Final.pdf

4.3.3. Sin guerra, pero con ambición: objetivos similares a los de una guerra

La GZ no es un escenario que se establezca para conseguir pequeños logros. No tendría sentido forzar las cosas, aunque fuese sin provocar el estallido de una guerra, para alcanzar pequeños réditos. Es una cuestión de lógica, en un cálculo elemental de tipo coste-beneficio. Cuestión distinta es que algunos de los atributos de la GZ sí puedan ser identificados por doquier. Al fin y al cabo, episodios puntuales vinculados a la influencia política se dan recurrentemente. Pero no siempre forman parte de una política pública como la aquí expuesta. Cuando lo hacen, tiene que ser por una causa de suficiente enjundia.

¿De qué estamos hablando? Como quiera que hemos visto que la zona gris pretende lograr cosas que, en otras circunstancias, requerirían una derrota militar del adversario, el sentido de la misma seguirá siendo alcanzar esos mismos fines. Existe cierto consenso en definirlos como *warlike aims* (Freier, 2016: 33) o como *wartime-like objectives* (Echevarría, 2016: 13), o incluso como «campaigns characteristic of warfare but without the overt use of military force» (Mazarr, 2015: 2). Por consiguiente, no puede extrañar que algunos autores hayan vinculado la GZ a estrategias propias del realismo ofensivo (Jordán, 2018b: 134-135).

En todo caso, no hay grandes sorpresas en lo que se refiere a su contenido. Los supuestos básicos a los que se suele aludir serían los cambios de liderazgo, la redefinición de fronteras, o el realineamiento de los Estados. Así como, claro está, aquellos casos en los que se combinan varias de esas situaciones. En ese conglomerado se incluyen:

- *Los cambios de régimen o, incluso, los meros cambios de gobierno, a condición de que eso tenga implicaciones geopolíticas de envergadura.* Por tales podemos considerar los casos de realineamiento de un Estado en el juego internacional de alianzas, ya sea porque abandone una organización en la que está integrado, o porque a raíz de ese cambio, se sume a alguna en la que no lo estaba. No en vano, los principales expertos en materia de alianzas internacionales ya recalcan, años antes de que se comenzara a hablar de zonas grises, que los cambios de este tipo son una de las principales causas de defección en el seno de esas alianzas (Walt, 1997: 161-162). Un modo de lograrlo es provocar (o contribuir decisivamente a provocar) la caída de ese régimen, o de

ese gobierno. Estaríamos pues, ante un supuesto clásico de subversión. El supuesto por antonomasia, de hecho. Históricamente, eso se ha logrado de modo directo, apoyando a la oposición, a sabiendas de que el proyecto apoyado es de corte revolucionario... o precisamente por ello.

El ejemplo más socorrido probablemente sea el apoyo económico y logístico alemán a Lenin, durante la 1.^a Guerra Mundial. Eso fue decisivo para que en 1917 los bolcheviques (que, no lo olvidemos, eran minoritarios) pudieran forzar no solo la definitiva caída del zar, sino incluso la del régimen democrático-representativo en ciernes. Lo que conllevó la inmediata salida de Rusia de la guerra. Lenin convirtió ese tema en uno de los principales ganchos de su propaganda, mientras que los demás partidos importantes no estaban por la labor de firmar una paz por separado. Esa paz es lo que más interesaba en esos momentos en Berlín... y la jugada salió a la perfección (Beilenson, 1972: 60-62)⁷³. Al menos a corto plazo...

Algo similar aconteció, en el mismo período histórico, pero en sentido opuesto (buscando que un Estado neutral entrara en la Gran Guerra) cuando el gobierno francés contribuyó a financiar el nuevo periódico de Benito Mussolini (*Il Popolo d'Italia*) una vez el líder fascista abandonó la dirección del periódico socialista (*Avanti*) precisamente por discrepancias acerca de la entrada de Italia en el conflicto (Morgan, 2004: 26). En este caso, la apuesta también tuvo éxito, dado el giro de la política italiana, aunque el cambio de régimen se produjo poco después de que terminara esa guerra. Ni siquiera fue necesario forzarlo en primera instancia⁷⁴. De hecho, en

⁷³ No pretendo que las injerencias alemanas en Rusia, en el transcurso de la primera guerra mundial, sean un caso arquetípico de GZ. Pero observo que se dieron algunos de los criterios aquí requeridos para tal cosa, aunque no se cumplan todos, ya que gradualismo y paciencia había poca (todo fue bastante improvisado y precipitado). De manera que el hecho de que, a esas alturas, la guerra ya hubiera causado estragos entre los soldados (de reemplazo) así como en la propia economía rusa, fue decisivo para que una aproximación bastante limitada a lo que sería una GZ generara excelentes resultados.

⁷⁴ Claro que, pocos años más tarde, la Italia fascista atacó a la República francesa (1940). Por otro lado, tampoco parece que la URSS fuera muy condescendiente con la Alemania de 1918-1919, habida cuenta del papel jugado por Moscú a raíz del desaguado sufrido en la retaguardia alemana coincidiendo con el final de la 1.^a Guerra Mundial. De hecho, el propio Hitler fue representante de los soldados en un Consejo revolucionario integrado en la República Socialista Soviética de Baviera, de corta duración

nuestros días ese tipo de injerencia puede ser alcanzado de diversas maneras, todavía más sutiles. La más evidente pasa por lograr que el Estado en el que se activa una GZ entre (o salga) de una organización internacional, especialmente si esa organización tiene competencias en materia de seguridad y defensa, siempre en función de los intereses geopolíticos que pueda tener el victimario.

- *La anexión de una parte del territorio de otro Estado.* Es el caso más complicado, pero también el más lucrativo. Por eso, quienes manejen los escenarios de GZ pueden caer en la tentación. La Alemania de Hitler lo logró con Austria, gracias al *Anschluss*, con una combinación de medidas educativas; de acciones de propaganda orientadas a la movilización de masas; de presión económica y, al final, también de violencia limitada (no militar) protagonizada por grupos nazis locales, con estímulo y apoyo alemán. Hay que tener en cuenta que algunas de esas medidas habían sido iniciadas bastante antes de que el *Führer* llegara al poder, porque la anexión de Austria al Reich era un tópico recurrente entre parte de la *intelligentsia* germana desde hacía varias décadas. Simplemente, esa idea se había expandido a partir del final de la 1.ª Guerra Mundial, con la caída del Imperio austrohúngaro⁷⁵.

En buena medida, salvando las distancias, lo que ha sucedido recientemente en Crimea responde al mismo planteamiento. Pero en Crimea, la situación fue facilitada por el hecho de que Rusia disponía de bases tan importantes como la de Sebastopol, con lo que ello implica en términos de disponer sobre el terreno de un buen número de tropas, así como de sus familias (importante, como sabemos, en

(Weber, 2018: 84-89). Todo ello nos tiene que hacer reflexionar acerca de las consecuencias indeseadas, que escapan al control del generador de una GZ. Y es que, con guerras o sin ellas, estas maniobras siempre presionan al sistema político mundial.

⁷⁵ La idea de que Austria es una parte irredenta de Alemania arranca del siglo XIX, ligada al fenómeno del Romanticismo y a la teoría de la nación *Volkgeist*. La cuestión es que eso se reflejaba en parte de la intelectualidad y de la prensa locales, de modo que en Austria también apareció un partido nazi, que presionaba a los gobiernos de turno en Viena, siendo favorecido, a partir de mediados de los años 30, por el dinero y las armas que llegaban desde la vecina Alemania. De hecho, hubo diversos atentados terroristas protagonizados por miembros y afines del partido nazi austríaco, entre ellos el que acabó con la vida del canciller Dollfuss. A pesar de lo cual, el sucesor de Dollfuss (Schuschnigg), acabó aceptando que un miembro de dicho partido (Seyss-Inquart) ostentase el cargo de jefe de la policía austríaca. Finalmente, con la situación controlada, Hitler convocó un referéndum de autodeterminación en Austria y lo ganó, certificando así la anexión de lo que en su narrativa nunca dejó de ser una «tierra poblada por alemanes».